

EL MONUMENTO REINVENTADO. LA ARQUITECTURA COMO RECURSO TURÍSTICO

??

Directores

ANATXU ZABALBEASCOA

LUÍS CORREIA DA SILVA

Desde el inmenso mirador del rotundo Palacio de Congresos y Exposiciones, la vista sobre Mérida es una instantánea que hoy, 23 de octubre, soleado después de varios días de lluvia, parece coloreada con la paleta de las películas pioneras de la Panavisión. Puro contraste panorámico. Además, la vista y el palacio, obra de Fuensanta Nieto y Enrique Soberano, son casi un resumen anticipado de un curso como *El monumento reinventado. La arquitectura como recurso turístico*. En primer plano, el puente Lusitania de Santiago Calatrava; poco más allá, el edificio de las consejerías de la Junta de Extremadura firmado por Juan Navarro Baldeweg; algo más lejos, el puente romano y la alcazaba.

La rivera del Guadiana, en efecto, es un micromundo en el que la modernidad se ha sumado a la tradición como una lección de urbanismo y, al mismo tiempo, de urbanidad. Con esa imagen en la retina de los participantes y con la luz del paisaje colándose por la cuarta pared, transparente, del salón de actos del palacio emeritense, se abrieron las sesiones. Tras las palabras de bienvenida de la directora del Gabinete de Iniciativas Transfronterizas, José Timón, responsable de arquitectura de la Junta de Extremadura, destacó los cambios que en la noción de turismo habían introducido tanto el crecimiento de la esperanza de vida como la importancia, cada vez mayor, del ocio en la sociedad actual. “Más que una mera vía de escape, el ocio se ha convertido en toda una

industria”, dijo. Tras apuntar la superación del llamado turismo de sol y playa, Timón se centró en el papel de la disciplina objeto del curso: la arquitectura.

Sorpresa, utilidad y belleza fueron las bazas invocadas para que la arquitectura funcione como recurso turístico sin renunciar a una de sus labores principales: crear ciudad. “Hay que volver al monumento sin alardes”, resumió Timón después de repasar el carácter antimonumental del Movimiento Moderno y de señalar hitos que contradicen la ortodoxia del racionalismo: la ópera de Sidney y, por supuesto, el Museo Guggenheim de Bilbao, un fenómeno que gravitó, para lo bueno y para lo malo, sobre todas las jornadas.

Anatxu Zabalbeascoa, la comisaria española del seminario, retomó el mismo argumento subrayando la importancia de no sacrificar la utilidad y la belleza al efecto pirotécnico de una sorpresa que, más pronto que tarde, termina apagándose si no es más que sorprendente. De ahí que la historiadora de la arquitectura y periodista de *El País*, insistiera en que “la buena arquitectura no sólo debe mejorar los destinos turísticos, también ha de mejorar las ciudades en sí”. Antes de presentar el curso, Zabalbeascoa comenzó recordando la leyenda de uno de los folletos que los participantes se encontraron la noche antes en el hotel en el que se alojaban: turismo somos todos. “También arquitectura somos todos”, añadió ella. Sin desdeñar un fenómeno como el de Bilbao, la historiadora alertó contra la muerte de éxito que puede conllevar la sobreexplotación de la arquitectura como recurso turístico: ahí está el caso de Barcelona, que no ha sabido tomar nota de la lección que la propia ciudad impartió a la sombra de los Juegos Olímpicos de 1992 y hoy está tomada por masas de turistas que amenazan con llevarla al colapso. Ciudades como León o regiones como Extremadura, apuntó Zabalbeascoa, que han sabido sintetizar vanguardia y patrimonio histórico, discreción y sorpresa, pueden ser una exitosa tercera vía.

La autora de *Las casas del siglo* cerró su intervención destacando que en el curso que acababa de comenzar se daban cita algunos de los mejores arquitectos de la Península Ibérica: desde el último premio Mies van der Rohe de la Unión Europea (Emilio Tuñón y Luis Moreno Mansilla) al premio Extremadura a la creación (Justo García) pasando por los grandes protagonistas de la última edición de los premios FAD: los ganadores (Emiliano López y Mó-

nica Rivera) y el ganador de la mención especial del jurado (Francisco Aires Mateus).

La presentación quedó completada con las palabras del comisario portugués, Luís Correia da Silva. Si la comisaría española había incidido sobre la parte arquitectónica del curso, el que fuera Secretario de Estado de Turismo del Gobierno de Portugal entre 2003 y 2004, puso el acento en la otra orilla del mismo: el ámbito turístico. Después de recordar que “viajar es un acto cultural”, Correia da Silva insistió en que, lejos de la mera evasión, los viajeros buscan “autenticidad”. De ahí la importancia de que la arquitectura sirva como complemento a lo que él mismo llamó “recursos endógenos”: el paisaje, sea éste natural o urbanístico. Nuevos ambientes, nuevas experiencias. Casi como un eslogan podría resumirse el espíritu de las palabras del profesor y gestor portugués. Y todo ello sin olvidar que los nuevos monumentos han de cumplir tres requisitos: ser “amigables” con la comunidad que los acoge, minimizar el impacto ambiental y no caer en el arte por el arte, que, recordó Correia da Silva, muchas veces se olvida de cumplir su objetivo en pos del gesto y, de nuevo, de la mera sorpresa. “La arquitectura no puede hacer tabula rasa”, concluyó Luís Correia.

DOS JÓVENES MAESTROS

Como ejemplo de dos estudios que han sabido conjugar su propia personalidad expresiva con el respeto al contexto urbano sobre el que trabajan, los arquitectos Emilio Tuñón y Francisco Aires Mateus fueron los encargados de abrir propiamente las sesiones de trabajo. Tuñón lo hizo, dijo, “encantado de actuar como telonero” de su amigo Aires Mateus. De hecho, antes de dar paso a la explicación de sus proyectos, el arquitecto madrileño recordó la importancia para su propia generación de la gran escuela, “linaje” dijo él, de la arquitectura moderna portuguesa: la que va de Fernando Távora a Álvaro Siza, continúa en Eduardo Souto de Moura y culmina con los hermanos Aires Mateus: “Más que una forma reconocible, representan una forma de hacer en la que se conjugan disciplina, respeto a la tradición y modernidad”. Igualmente,

y a modo de introducción teórica, el arquitecto subrayó la importancia de que la relación entre turismo y arquitectura sea equilibrada, e insistió en algo que, tal vez por obvio, muchas veces parece olvidarse: “La ciudad, como hábitat que es de los seres humanos, es ecológica en sí misma”.

Emilio Tuñón eligió para su charla seis proyectos en tres ciudades: Cáceres, León y Madrid. Al hablar de la capital cacereña se refirió a dos proyectos que su estudio tiene actualmente en construcción: el Museo de la Fundación Helga de Alvear y el hotel del restaurante Atrio. Destinado a albergar una de las grandes colecciones privadas de arte contemporáneo de España, el Museo de la Fundación Helga de Alvear se instalará en la popular Casa Grande cacereña, en la frontera entre el casco antiguo y el ensanche moderno. Después de rebajar, por iniciativa de los propios arquitectos, el volumen de construcción de 12.000 a 6.000 metros cuadrados, el nuevo edificio se convertirá en un espacio de tránsito entre la ciudad antigua y la nueva en una suerte de paseo arquitectónico que se quiere también urbanístico.

Al hablar de su proyecto para Atrio, Tuñón no olvidó la polémica en la que se vio envuelta su primera propuesta, corregida después de las airadas protestas de los vecinos ante el volumen de un edificio llamado a convivir con sus vecinos de la plaza de San Mateo, una de las más hermosas del barrio monumental de Cáceres, declarado por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad. “Todo problema es una oportunidad”, dijo Emilio Tuñón al reconocer que, después de que su “soberbia de artistas” se sintiera herida ante la respuesta ciudadana, el proyecto resultante –que retoma en su fachada las mismas cicatrices que llenan el caso antiguo al cerrar y abrir ventanas allí donde hacían falta– es mejor que el primero. Una lección de sabiduría poco habitual en tiempos de arquitectos galácticos con ínfulas románticas.

El Auditorio (un equipamiento en la “salón urbano” que se abre ante el Hostal de San Marcos) y el MUSAC (un museo de arte contemporáneo pilotado como un “centro de creación de gestión ligera”; “el edificio es siempre menos importante que la actividad que alberga”, insistió el arquitecto) fueron las dos estaciones leonesas en el periplo de Tuñón. Las estaciones madrileñas fueron dos pesos pesados: “Por sus dimensiones, casi todo lo que se

hace en Madrid es de por sí infraestructura”. Ambos, además, están en el poniente de la capital: el Museo de las Colecciones Reales, que completa el zócalo de la Catedral de la Almudena y el Palacio Real, y el futuro Centro Internacional de Convenciones, un semicírculo llamado a competir con las famosas cuatro torres de la Castellana, levantadas en los terrenos de la antigua ciudad deportiva del Real Madrid. Como recordó el propio arquitecto, el hecho de que el turismo de negocios al que se dirige la nueva obra genere un gasto de entre 1.000 y 2.000 euros por persona y día da una idea de las dimensiones del reto al que la arquitectura debe dar respuesta.

A retos similares tuvo que enfrentarse Francisco Aires Mateus en los proyectos que protagonizaron su intervención. Tanto en el Hotel Fontana Park de Lisboa, instalado en una antigua fábrica, como en el ya emblemático Museo del Faro de Santa Marta, en Cascais, el arquitecto tuvo que responder a la historia con lenguaje contemporáneo. Si en un caso se trataba de asegurar la continuidad urbana y de conservar la memoria del lugar dentro de un *desing hotel*, en el otro se trataba, dijo el arquitecto lisboeta, de “trabajar al límite entre la topografía terrestre y la marítima”, en un territorio que “ya no es tierra pero todavía no es mar”.

A la vez que un nuevo foco de atracción turística, el Faro de Santa Marta es casi una metáfora de las relaciones entre Portugal y España. Instalado en el siglo XIX en los terrenos de un castillo construido 300 años antes como defensa contra los españoles, la rehabilitación culminada en 2007 por Aires Mateus –que se refiere a su propio trabajo como “una intervención serena” que hace hablar un lenguaje contemporáneo a materiales tradicionales como la piedra, el azulejo y la cal– recibió la mención especial del jurado del premio FAD de arquitectura, otorgado en Barcelona y considerado el más importante de la Península Ibérica.

MONUMENTOS MODERNOS

Finalmente, el encargado de cerrar la primera mañana de trabajo del curso *El monumento reinventado* fue José María Faerna, historiador del arte y la ar-

quitectura y director de la revista madrileña *Diseño Interior*, una de las más influyentes del gremio. Encargado de dar contenido al subtítulo del curso, *La arquitectura como recurso turístico*, Faerna comenzó señalando cómo en los últimos años la arquitectura moderna ha adquirido una “facultad de atraer turismo y generar expectativas” que antes no tenía. Igualmente, apuntó la aparente contradicción entre términos como modernidad y monumento. Para ilustrar su argumento, recordó que “hasta hace poco la arquitectura moderna no formaba parte del patrimonio arquitectónico”, como indica el hecho de que la asociación internacional consagrada a preservar el patrimonio moderno, *Docomomo*, se fundara en fecha tan reciente como 1988.

Tirando del mismo hilo, Faerna señaló cómo a finales de los años 90 del siglo XX, se produjo un giro radical que puso en solfa las antiguas claves de la vanguardia arquitectónica de ese mismo siglo: desterrar, como se dijo, la idea de monumento, sustituir la voluntad de permanencia por la idea de funcionalidad y propugnar soluciones de valor universal. Ni permanente ni local, pues.

Todo cambió, es bien sabido, con la construcción del Museo Guggenheim de Bilbao. Con él entra en escena el factor sorpresa. Nace el espectáculo arquitectónico llamado a cambiar el urbanismo de una ciudad, a expresar una fidelidad política y a servir de cabeza de puente de toda una campaña de imagen y comunicación. Era, corregida y aumentada, la nueva versión de propuestas que habían sido monumentales sin dejar de ser modernas como la Ópera de Sydney, proyectado por Jorn Utzon, o el arco diseñado por Saarinen para Sant Louis (Missouri).

De ahí a la arquitectura como objeto de colección no había más que un paso. Y el ejemplo más emblemático es el Campus Vitra, levantado por el famoso fabricante de sillas en la frontera entre Alemania y Suiza, a unos kilómetros de Basilea. Obras de Álvaro Siza, Zaha Hadid, Tadao Ando y Frank O. Gehry conviven en un puñado de metros cuadrados para, a la vez que sirven a la función para la que fueron pensados (como parte de un complejo fabril) atraen cada año a miles de turistas.

Antes de despedir la primera sesión, Faerna cerró su charla con un repaso a dos de las tipologías arquitectónicas más relacionadas contemporáneamente con el turismo: el museo y el hotel (y su frecuente combinación con las bo-

degas). Así, por la pantalla del Palacio de Congresos de Mérida desfilaron obras de Jean Nouvel, Lacaton y Vassal, Rafael Moneo, Herzog y De Meuron, Rem Koolhaas y Santiago Calatrava, entre otros. Muchos de esos trabajos, como señaló el mismo Faerna, se habían convertido en “ficciones practicables”, es decir, en una suerte de escenarios de cine capaces no sólo de facilitar el rodaje de una nueva entrega de las aventuras del agente 007 sino también de garantizar a sus visitantes aquello que, según Luís Correia da Silva, buscaban los viajes de hoy: una experiencia singular. El hecho de que José María Faerna cerrara su conferencia con el proyecto de hotel diseñado por Xavier Claramunt para el espacio exterior, es decir, fuera del planeta Tierra, no es más que un síntoma del alcance del adjetivo “singular”.

CON USTEDES, MÍSTER GUGGENHEIM

La tarde del 23 de octubre, un hombre despertó de la siesta a todos los que se reincorporaron a Ágora después de la comida. Cuando tomó la palabra en la mesa redonda dedicada a *La visión de los municipios sobre la arquitectura y el desarrollo turístico*, los ojos de los asistentes se abrieron como platos para no perder una coma del discurso imparable de alguien que relató la transformación de toda una ciudad en menos de 15 minutos. Aquel hombre se llama Ibon Areso y su fórmula para convencer al auditorio se basó en la elocuencia de 200 imágenes, un torrente de estadísticas irrefutables y, sobre todo, dos palabras mágicas: “antes” y “después”.

Se llama Ibon Areso pero podrían llamarle Míster Guggenheim. Es arquitecto y teniente de alcalde de Ayuntamiento de Bilbao, pero, sobre todo, fue el artífice de que el museo neoyorquino instalara su sede más famosa junto a la ría del Nervión, una ría que, hace veinte años era, en sus propias palabras, “una cloaca navegable”. Con todo, su discurso no pudo empezar de forma más clara: “No suelo hablar del Guggenheim porque fagocita la transformación de Bilbao”. Pese a ello y a la intervención en la capital vasca de arquitectos como Norman Foster, Zaha Hadid o Ricardo Legorreta, en su opinión, el Guggenheim es “un milagro”. Sobre todo si se tiene en cuenta al panorama en que

floreció el edificio de Frank Gehry: una inversión de 133 millones de euros, una ciudad deprimida por la decadencia industrial y el terrorismo, paro del 30 % en el área metropolitana y una ciudadanía mayoritariamente en contra del nuevo proyecto. “Hubo que cambiar el chip mental”, dijo Areso. Que añadió: “En el futuro, no habrá ciudades económicamente prósperas que no sean también prósperas culturalmente”.

Las cifras desplegadas por el arquitecto y político bilbaíno fueron igual de elocuentes. Antes de la construcción del museo, una consultora había avisado a sus promotores de que serían necesarios 400.000 visitantes al año para recuperar la inversión. La cifra parecía una quimera si se tiene en cuenta que el Museo de Bellas Artes de Bilbao, una de las mejores pinacotecas de España, recibía una media de 30.000 visitantes. Pues bien, el Guggenheim recibió en su primer año 1.250.000 visitas. En ese mismo tiempo, el Producto Interior Bruto de la Comunidad Vasca derivado de la presencia del museo fue de 144 millones de euros (y recordemos que la inversión había sido de 133). Areso remachó: “No hay ninguna actividad que en menos de un año recupere la inversión”.

Pero, ¿tenía algo que ver todo eso con el ciudadano de a pie?, se preguntó Areso, que con una chispa que no le abandonó en todas las jornadas, tradujo la pregunta de la siguiente manera: “¿Qué hay de lo mío?” Él mismo respondió con nuevos datos: “La riqueza produce impuestos, y en cinco años la Administración vasca recaudó los famosos 133 millones de euros que había invertido”. Para terminar con su célebre fórmula de antes y después, Areso cerró su intervención insistiendo en que lo mejor del efecto Guggenheim es el efecto intangible que ha tenido sobre la sociedad y sobre la imagen exterior de Bilbao. Eso sí, no quiso quedarse en las nubes de la fotografía y apuntó un dato más: “El museo ha generado tantos empleos como un astillero. Si los astilleros que ocupaban antiguamente el solar en el que hoy se asienta el edificio de Gehry daban trabajo a 3.000 personas, el Guggenheim lo da a 4.000”. Fin de la lección magistral.

Con su intervención, Ibon Areso marcó el tono de una mesa redonda en la que también participaron representantes de ciudades tan marcadas por la arquitectura y el patrimonio histórico como Santiago de Compostela, Évora, Cascais y, por supuesto, Mérida. De hecho, fue el alcalde emeritense, Ángel Calle, el encargado de moderar el coloquio a partir de preguntas que flota-

ron en el ambiente a lo largo de todas las jornadas: “¿Puede un solo edificio contribuir al desarrollo de toda una ciudad? ¿Cómo deben relacionarse modernidad y patrimonio?”

Lejos del modelo espectacular adoptado en otras ciudades, los ejemplos de Portugal y Extremadura fueron ponderados como una vía destinada al largo plazo. Así, el alcalde de Cascais, António Capucho, presentó su ciudad como el enclave privilegiado que es: a 20 kilómetros de Lisboa, en el punto más occidental de Europa y rodeado por un parque natural. Cascais, dijo, ha pasado de ser una villa de pescadores a un foco turístico imparable. La presentación del edil portugués insistió en una mezcla de discreción y audacia en la que conviven el Museo del Faro (“el más visitado del término municipal”), presentado por la mañana por su propio autor, el arquitecto Francisco Aires Mateus, con siete kilómetros de carril bici, las grutas prehistóricas de Alaprais y el Museo de la Música de Estoril.

Para el alcalde de Cascais, “la buena arquitectura tiene un papel fundamental en el desarrollo turístico”. De ahí que terminara su intervención presentando el proyecto, ya en construcción, de Eduardo Souto de Moura para el Museo Paula Rego, que abrirá a mediados de 2009 como sede de la futura fundación dedicada a la pintora portuguesa.

Por su parte, Carlos Blanco, representante del ayuntamiento de Santiago de Compostela (que sustituía en el coloquio a Mercedes Rosón Ferreiro, concejala de urbanismo), insistió en que “la arquitectura contemporánea será nuestro legado para el futuro”. De ahí su defensa de la convivencia entre patrimonio y modernidad: “Deben ser complementarias sin competir”. Después de recordar que Santiago fue declarada por la UNESCO Patrimonio de la Humanidad en 1985, pasó a señalar cómo la presión del tráfico rodado había sido uno de los problemas a los que se había enfrentado la ciudad hace veinte años. Aparcamientos subterráneos y disuasorios fuera del casco histórico habían sido una solución que todavía hoy sigue dando sus frutos.

Respecto a la presencia contemporánea en un espacio en el que la traza medieval convive con la arquitectura barroca, Blanco destacó el edificio del Centro Gallego de Arte Contemporáneo (CGAC), diseñado por el portugués Álvaro Siza. Eso sin olvidar obras en marcha como la zona de recepción de au-

tobuses, firmado por los barceloneses Piñón y Viaplana. Y sin olvidar, por supuesto, obras en marcha (aunque sea a marcha lenta) tan polémicas como la Ciudad de la Cultura, proyectado por el estadounidense Peter Eisenman. Preguntado durante el coloquio por la integración en la trama urbana de un proyecto cuya superficie iguala a la del casco antiguo, Blanco reconoció que el ayuntamiento de Santiago nunca había pensado en urbanizar el Monte Gaias, en el que se asienta la faraónica obra promovida por Manuel Fraga en sus años como presidente de la Xunta de Galicia. No obstante, todos sus esfuerzos se dirigen ahora a hacer posible la integración de una herencia tan problemática: “Si se paró la obra fue para reconsiderar su función, no su forma”.

La mesa más “política” del curso *El monumento reinventado* la cerró el alcalde de Évora, José Ernesto de Oliveira. Después de saludar a los muchos estudiantes de la universidad de su ciudad que se encontraban en el Palacio de Congresos de Mérida, el alcalde recordó la relación centenaria de Évora con Lisboa y con la propia capital emeritense. De hecho, sus palabras tuvieron un marcado carácter histórico. Empezaron destacando los más de 500 enclaves megalíticos (“entre los más importantes de Europa”) de su área de influencia y se detuvieron en la decadencia que, con la pérdida de la independencia de Portugal de la mano de Felipe II de España, llegó a Évora.

El renacimiento, con todo, volvió a la ciudad principios del siglo XX. Fue en Évora, destacó el alcalde, donde el 1919 se fundó el primer grupo de Portugal consagrado a la conservación del patrimonio histórico. Su labor fue reconocida en 1986 con la declaración del casco antiguo como Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. La Exposición Universal del Lisboa, celebrada en 1998, no hizo más que realzar el papel de Évora como enclave privilegiado de tránsito hacia España y hacia el sur de Portugal.

Para el alcalde de Évora el gran reto es conservar la riqueza del enclave intramuros a la vez que se mantiene el centro urbano como un lugar vivo, “con calidad y confort”. Sus últimas palabras, además, sirvieron para resumir el espíritu que animó las intervenciones de todos sus colegas: “La inversión en cultura es eso, inversión, no gasto”.

El coloquio que siguió a la llamada “mesa de los alcaldes” fue uno de los más animados de unas jornadas ya de por sí animadas. Invitado a explicar el

proyecto del Gran Bilbao más allá del Guggenheim, Ibon Areso retomó la chispa y la palabra. “A diferencia de otras ciudades, Bilbao (que no tiene patrimonio histórico) no quiere ser una ciudad turística”, dijo. “El turismo es sólo un elemento más (en 1994 no llegaba a Bilbao ningún crucero; en 2007 llegaron 22). Nuestra crisis era estructural, no coyuntural, fruto del monocultivo económico basado en la industria pesada. Y la industria genera riqueza pero no empleo”. Entrando en el terreno del turismo, Areso recordó que cada ciudad debe buscar “su nicho”. Y el nicho turístico de Bilbao es urbano y cultural, justo allí donde la arquitectura cobra un papel decisivo. “El metro de Foster”, subrayó de nuevo, “no es sólo bueno porque vertebró el área metropolitana, sino también porque trae al palacio de congresos de Bilbao más congresos de dentistas. De dentistas, ojo, no de constructores o arquitectos”.

Tanto el alcalde de Cascais como el de Évora retomaron la idea de Areso: “Queremos construir una ciudad, no un destino turístico”. Representantes de una ciudad costera y otra del interior, ambos alertaron contra la expansión incontrolada del turismo de masa, “barato y cortoplacista”. “Más allá de una arquitectura brillante”, subrayó el edil de Cascais, “hay que apostar por la ejecución de un plan global. Playas como en Cascais hay en todo el mundo. Hay que dar al turista algo que le haga volver. La gente va primero a la playa, pero luego pregunta: ¿Dónde está el museo? Con todo, no recuperamos la ciudad y el paisaje para los turistas, sino para nuestros conciudadanos”.

Ángel Calle, alcalde de Mérida, cerró la sesión recordando unas palabras pronunciadas por José Bono en este mismo foro unos días antes: “Las fronteras están para saltárselas”. Y añadió por su cuenta: “He aquí un grupo de políticos unidos por la crisis y por la defensa de la arquitectura de calidad”.

NUEVA ARQUITECTURA, NUEVO TURISMO

La primera jornada de *El monumento reinventado* se cerró con una mesa redonda moderada por Anatxu Zabalbeascoa, codirectora del curso. Bajo el título *La arquitectura y el nuevo turismo*, cuatro arquitectos retomaron algunas ideas planteadas durante la mañana. No obstante, antes del debate propia-

mente dicho, el cacereño Justo García, un arquitecto que siempre habla en primera persona del plural y que alterna sus propios diseños con la rehabilitación del patrimonio histórico, enseñó algunas de sus obras en Guadalupe, Cabezuela del Valle o Ribera del Fresno. Sin olvidar su trabajo más emblemático, la estación de autobuses de Casar de Cáceres, un bucle de hormigón al que el pueblo bautizó desde el primer día como “la patata frita” y que nada tiene que envidiar al trabajo de proyectistas europeos considerados los abanderados de las formas informes, la enésima corrección (o perversión) del estricto racionalismo de la ortodoxia moderna.

Por su parte, João Rodeia, presidente del Colegio de Arquitectos de Portugal, retomó el camino de la historia y la teoría para recordar que los orígenes del moderno turismo están en el *grand tour* de los ilustrados del siglo XVIII y para recordar que la democratización de los viajes provocó una arquitectura de posadas y hoteles. La situación creció exponencialmente en el siglo XX con los movimientos transfronterizos, el aumento de la velocidad y la globalización de los destinos.

Para Rodeia, “el futuro pasa por reinventar el sentido del viaje”. No obstante, a corto plazo, la arquitectura como recurso turístico, apuntó, tendrá que hacer frente a tres aspectos fundamentales: la normalización, la invención sostenible (es decir, la responsabilidad ambiental) y la citada globalización (la arquitectura como potenciador socioeconómico de los lugares en los que actúa).

La sostenibilidad, de hecho, fue uno de los temas que centró el debate. Así, Emilio Tuñón empezó preguntándose “¿cuánta gente admite una ciudad?” Para el arquitecto madrileño no se puede perder de vista que el turismo es una industria que produce dinero. La cuestión, insistió, es hasta dónde. ¿Es rentable el crecimiento de una ciudad en relación al deterioro que conlleva ese crecimiento? Lo importante es el equilibrio.

Tuñón recurrió al ejemplo de Madrid para ilustrar la evolución del tratamiento del turismo en las grandes ciudades: “Hace 15 años se había rechazado el crecimiento hotelero con el argumento de que “Madrid está completo”. Hoy el tráfico en la Terminal 4 del aeropuerto de Barajas y el movimiento económico generado por los congresos están muy relacionado con el aumento de los ingresos industriales en la ciudad”.

Para João Rodeia no hay respuesta única. Eso sí, insistió en defender el modelo europeo de ciudad en el que “las partes se conectan con el conjunto, el centro histórico con los suburbios, los monumentos con lo que no lo son”. Y alertó del peligro de muerte que acecha el éxito de muchas ciudades, con el caso de Barcelona, de nuevo, a la cabeza. Rodeia recordó que en los años 80 la Ciudad Condal fue pionera en España haciendo un trabajo que culminó en 1992 pero que fue degenerando a partir del famoso Fórum de las Culturas de 2004. La clave está, insistió el arquitecto portugués, en escuchar a la sociedad civil. Como dijeron los alcaldes en su mesa redonda: se trata de hacer una ciudad para los ciudadanos. Si llegan los turistas, miel sobre hojuelas.

A la pregunta de Anatxu Zabalbeascoa sobre la participación ciudadana en los proyectos arquitectónicos (una práctica mucho más extendida en los países anglosajones que en los mediterráneos), Emilio Tuñón, cuyo proyecto para Atrio en Cáceres fue modificado a partir de las protestas vecinales, contestó que “no hay recetas” pero defendió el control político y la existencia de una normativa, la misma que, apuntó Aires Mateus, está a punto de convertir la arquitectura “en una profesión de locos” con sus continuos cambios. “La democracia”, insistió Tuñón, “sigue siendo el sistema menos malo, es decir, el mejor”.

Desde el público, Ibon Areso quiso matizar los argumentos sobre la participación ciudadana desde su propia experiencia: “Conceptualmente es impecable, pero cuando la participación no es socialmente amplia, ¿estamos ante una decisión representativa? A esto hay que añadir que, por naturaleza, somos reaccionarios y con el *salvem salvem* terminas por no hacer nada”. De ahí que Areso añadiera al concepto de participación el concepto de liderazgo: “¿Entre todos? Entre todos no se hace casi nada”. Su conclusión fue, de nuevo, chispeante y polémica: “Si tienes cáncer fíate del médico y no de la opinión pública”.

COMUNICANDO

La segunda y última jornada de *El monumento reinventado* empezó marcada por un concepto que Andrés Fernández-Rubio, responsable del suplemento El Viajero del diario *El País*, sacó a la palestra: “lo que mola”, su particular tra-

ducción para *cool*. Fernández-Rubio abrió la mesa redonda dedicada a la relación entre arquitectura y medios de comunicación con un brillante recorrido por su propio trabajo al frente de un suplemento de viajes que distribuye cada sábado casi 600.000 ejemplares. Para el periodista, la presentación de la arquitectura contemporánea, que permite escapar de los tópicos más trillados (Toscana y cipreses), ha de ir siempre presentada sin perder de vista la escala humana, algo que su equipo cuida desde la propia imagen de portada. “En el mundo del turismo hace falta dinero, pero sobre todo hace falta imaginación”, explicó ante la imagen del Palacio de Congresos de Badajoz, diseñado en el solar de la antigua plaza de toros de la ciudad por el equipo madrileño Selgas-Cano.

Con todo, Fernández-Rubio defendió la idea de que, lejos de combatirlo, se trataba de “asumir y racionalizar” el turismo de masa. “No hay que olvidar que Disneylandia París es el primer destino turístico europeo. Con unas gotas de ironía, el periodista terminó citando a Stephen Hawking: “La prueba irrefutable de que es imposible viajar en el tiempo es que no nos llegan hordas de turistas desde el futuro”.

En la mesa redonda más heterogénea de las jornadas, tomó la palabra a continuación Ángela Molina, directora de la revista *Art & Co* y crítica de arte del diario *El País*. En una intervención que pasó de Flaubert a Malraux, Molina reflexionó sobre el papel del museo y, en concreto, sobre lo que ella denominó la “krensificación” del panorama artístico, en referencia al Thomas Krens, todopoderoso capo sin complejos de la fundación Guggenheim. “La arquitectura entretiene al público”, apuntó la crítica después de recordar cómo, antes del propio museo bilbaíno, el Centro Pompidou de París descubrió un nuevo público y, de paso, se convirtió en el gran referente del museo posmoderno.

El Guggenheim, eso sí, sería el primer “museo transnacional”. “Con el museo matriz anclado y en crisis, la solución pasaba por la franquicia”. ¿El contenido? Philip Johnson dio su propia respuesta: “Si la arquitectura es tan buena en Bilbao, que se joda el arte”. Para Molina, “el delito no es el Guggenheim sino que no se hable también desde la cultura. Es necesario un contrapeso. Lo que tiene de éxito político lo tiene de fracaso cultural”.

Con la cultura convertida en una “visión suave” del colonialismo desde la

expansión del modelo MOMA, el siguiente paso era la turistización de un espacio que se ha vuelto “sumiso al poder del mercado”. ¿Alternativas? “Coleccionar no es almacenar”, concluyó Ángela Molina. “Es una forma de conocimiento. Y el conocimiento pertenece a toda la humanidad”.

De crítica a crítico, Ricardo Carvalho, crítico de arquitectura del diario portugués *Público*, empezó enumerando una serie de paradojas. Desde el hecho de que se hable del turismo como industria en un mundo post-industrial al recuerdo de la frase de Bruce Chatwin de que “nadie quiere ser turista, todos quieren ser viajeros”. Un arquitecto siempre es un extranjero, afirmó por su parte Carvalho. “Trabaja en ciudades que no conoce y descubre en un lugar potencialidades que los mismos que viven allí no conocen”. Así, el holandés Rem Koolhaas descubrió Nueva York a los neoyorquinos con su *Delirious New York*.

En ese contexto, el crítico lisboeta insistió en la parte no estrictamente constructiva de la arquitectura: “Los arquitectos no deben ser llamados para construir edificios sino para desarrollar estrategias. La arquitectura es pensamiento estratégico sobre el territorio, el paisaje y la cultura. Y lo que hoy es cultura mañana es evidencia”.

La última intervención de la mesa redonda *Arquitectura, cultura y turismo. La opinión de los comunicadores* corrió a cargo de José Bento dos Santos, responsable del programa de televisión *O sentido do gosto* y presidente de la Academia Portuguesa de Gastronomía. Para Bento, “la civilización empezó el día en que el hombre revistió de placer los cinco sentidos que le permiten sobrevivir”, es decir, el día en que pensó: “ya que tengo que alimentarme, ¿por qué no hacerlo con placer?” Y lo que sirve para la gastronomía serviría también para la arquitectura.

De ahí a la aparición de la idea de buen gusto no había más que un paso, pese a que se trate de una noción que apareció en el siglo XVII aplicado a la pintura. “Lo normal, pues, habría sido hablar de buena vista ¿no?” Bento terminó recordando la relación entre gastronomía y arquitectura que se hace patente en, por ejemplo, la idea de reconstrucción, que pasó de la literatura a la arquitectura y de ahí a la cocina. “Hoy se habla de *food design*, es decir, no de cocinar sino de diseñar comida.

La última palabra fue, con todo, para recordar un viejo axioma: “Todos somos capaces de decir si algo nos gusta o no. Luego, algunos tiene la capacidad de decir: esto es mejor. La diferencia, pues, está no en distinguir lo bueno, sino lo mejor”.

CON USTEDES, LA CRUDA REALIDAD

Si en la primera jornada Ibon Areso fue el encargado de inyectar con brillantez una dosis de realidad en la discusión, en la segunda ese papel correspondió a Miguel Ruano, arquitecto y vicepresidente de la cadena hotelera Marriot para Europa, Oriente Medio y África.

Ya en el coloquio de la mesa redonda de los periodistas, que precedió a su intervención, Ruano recordó que “todo lo que no es naturaleza es cultura” y que el primer destino turístico de Europa es un parque temático (Disneyland París) y el segundo la ciudad de Londres. Cuando llegó su turno para abrir la mesa dedicada a *Otras lecturas arquitectónicas para el sector turístico*, el autor del ensayo *Eco-urbanismo* empezó avisando que iba a presentar datos, no su opinión personal. Hecho el aviso, Ruano desplegó un discurso tan rotundo como elocuente a partir de una aseveración que hizo removerse en sus asientos al público del Palacio de Congresos: “Benidorm también fue diseñado por arquitectos”. A partir de una batería de datos igualmente elocuente (en 1950 hubo 25 millones de desplazamientos turísticos en el mundo; en 2007 fueron 903 millones y en 2020 serán 1.600 millones) Ruano apuntó que, lejos de considerarlo un hecho excepcional, “la gente considera el viaje como un derecho adquirido”.

Manejando con idéntico dinamismo los argumentos y el *powerpoint*, el arquitecto recordó que si hoy el 10% de la riqueza mundial la genera el turismo, en diez años uno de cada diez trabajadores tendrán que ver con esta industria.

Aplicando el *molómetro* del que hablaba Andrés Fernández-Rubio, Ruano enumeró algunas tendencias del turismo contemporáneo: la multiplicación de los destinos, la necesidad de enlaces más rápidos, la proliferación de aerolíneas

de bajo coste y la sustitución de las vacaciones largas por las escapadas cortas. A esto habría que añadir el crecimiento de las ventas de billetes por Internet, la ubicuidad de las nuevas tecnologías y la demanda de productos a medida.

Según Ruano, el turista del futuro (“y cada uno de nosotros somos varios segmentos”) será alguien independiente e informado que busca la “experiencia memorable” y alguien exigente que da por descontado un servicio mínimo. “Una queja se propaga siete veces más rápido que un elogio”, recordó antes de terminar su brillante intervención analizando la influencia en la arquitectura hotelera del nuevo panorama turístico: de la caja eficiente del hotel estándar a una variedad que pasa por la autenticidad genuina (los paradores de turismo, por ejemplo) al look auténtico y de los hoteles boutiques, a los temáticos pasando por los chic funcionales, high tech, modern design y hasta barefoot luxury.

Luís Correia da Silva, codirector del curso, estableció un puente entre la intervención de Miguel Ruano y las destinadas a cerrar la sesión con una aseveración: “La buena arquitectura tiene un papel que jugar en este panorama”.

La arquitectura fue, a través de casos concretos, la protagonista de las últimas intervenciones de *El monumento reinventado*. Así, Diogo Vaz Guedes presentó el proyecto de la cadena de hoteles-spa que preside, Aquapura. Para Vaz Guedes, la localización determina la arquitectura. En su proyecto “es fundamental la armonía con el contexto”.

Y el contexto fue, de hecho, lo que determinó la experiencia de Emiliano López y Mónica Rivera en la construcción del hotel Aire en las Bardenas Reales, muy cerca de Tudela y a una hora de Zaragoza. En una presentación que tenía la tensión de una novela de misterio, Mónica Rivera relató el proceso de diseño y construcción de una obra de bajo presupuesto que se ha convertido ya en un emblema contemporáneo de Navarra.

Por su parte, María do Carmo Moreira, presentó el proyecto turístico Bom Sucesso en Óbidos, que ha embarcado a muchos de los arquitectos más destacados de Europa (Siza, Chipperfield, Llinás, Souto de Moura y Aires Mateus) para construir 20 casas a partir de dos reglas simples: unidad cromática y cobertura vegetal. Para Moreira, el diseño es un valor añadido, el “componente intangible del lujo”.

CONCLUSIONES

Luís Correia da Silva fue el encargado de despedir las jornadas recordando, a modo de conclusión, los temas desarrollados en las dos jornadas precedentes:

La arquitectura es un recurso en sí y no sólo una estructura de alojamiento. Es decir, no se agota en los hoteles sino que se extiende a los spa, restaurantes y bodegas y hasta al urbanismo global.

Es importante que los empresarios trabajen codo con codo con los arquitectos para alcanzar la excelencia. El hotel Aire, cuyos dueños participaron directamente en la construcción, es un buen ejemplo.

Los proyectos de arquitectura para el turismo no pueden ser obras de arte abstracto. Más allá de su estética deben responder a los objetivos para los que fueron creados.

El caso de Bilbao no se puede exportar siempre. Otros lugares, como Extremadura y Portugal, tienen que jugar otras bazas, la de la sobriedad y el patrimonio, como vienen haciendo por ejemplo.

Los arquitectos contemporáneos pueden añadir valor a un destino sin olvidarse que trabajan para los ciudadanos y sin caer necesariamente en la arquitectura espectáculo.

Y eso fue todo. Durante dos días, arquitectos, políticos, periodistas y gestores discutieron en Mérida sobre el futuro del turismo y sobre el futuro de las ciudades, dos realidades que la arquitectura, tal vez como ninguna otra disciplina, ha de conseguir que no sean necesariamente incompatibles. ❖